

tividad : y por lo mismo condeno, vitupero, rechazo la disolucion social, de la misma manera que rechazo, vitupero y condeno la disolucion individual. Y es constante que tanto en las sociedades como en los hombres, la disolucion, la mayor disolucion (y no lo olvideis jamas) es el reinado de la materia sobre el espíritu, es el despotismo de vuestros cuerpos impuesto á la majestad de vuestras almas. Por lo tanto, reyes y vasallos á un mismo tiempo, reyes delante de la materia y vasallos delante de Dios, conservad á la vez vuestra servidumbre y vuestra soberanía : obedeced á Dios mandando á la tierra ; obligad la materia á que os sirva en vuestras necesidades: pero no permitais jamas que traspasando sus derechos y exagerando su poder, obtenga la materia en medio de vosotros un imperio usurpado que destrone en la humanidad la soberanía del espíritu. »

Así habla el cristianismo que bajó del cielo y partió del Calvario. Levantando otra vez á su legítima altura las aspiraciones sin límites que vosotros dejais caer con tanta facilidad sobre la materia, os está gritando diez y ocho siglos hace por la voz de su fundador : « Buscad « primeramente el reino de Dios y su justicia, y todos esos otros « bienes se os darán por añadidura. » *Quærite primum regnum Dei et justitiam ejus, et hæc omnia adjicientur vobis* ¹. Palabra la mas social que se haya (dicho jamas, y que nunca olvidarán los pueblos sin que se precipiten á catástrofes, que harán ver con una claridad fúnebre lo que es buscar la felicidad en el desórden y la prosperidad léjos de Dios y de su justicia.

Hé aquí, Señores, la grande é inmortal filosofía del cristianismo sobre la parte que debe tomar la materia en los destinos humanos. Hé aquí su aprobacion y su reprobacion, sus simpatías y sus repulsiones, sus votos y sus anatemas por lo tocante al desarrollo material. Lo que él aprueba y lo que él aplaude es la materia como medio, la materia como instrumento, la materia esclava, la materia en el último rango. Lo que él condena y lo que él rechaza es la materia que se hace un fin, una soberana y una ambicion principal de la vida. ¿Es esto claro, Señores?... ¿es esto bastante claro? Yo no puedo hacerlos mas que discursos, y quisiera hacerlos libros, tanto es el temor que tengo, que

1. Math., vi, 33.

despues de haber oido sobre este punto fundamental el verdadero pensamiento del cristianismo, no lo hayais comprendido todavía bastante.

Pues bien, lo que el cristianismo aprueba, nosotros lo aprobamos ; lo que él condena, nosotros lo condenamos ; lo que el apoya con sus sufragios, nosotros lo cubrimos de nuestros aplausos ; lo que él hiere con sus anatemas, nosotros lo herimos con nuestras reprobaciones. Esto se llama aplaudir á vuestros progresos, y reprobar vuestras decaencias. Y si esto es así, permitidme que con una sinceridad de conviccion y de amor, que quisiera mostraros con mis acentos simpáticos, os pregunte : ¿qué es lo que vosotros nos reprochais ? ¿qué nos pedis á nosotros cristianos, y en especial á nosotros católicos ? ¿qué es lo que nos echais en cara ? ¿cuáles los cargos que nos haceis ? ¿Acaso que afrentamos la carne sin merecerlo ? ¿que mandamos á la materia que manifieste sus títulos de nobleza al espíritu ? Esto es reprocharnos que defendemos vuestra dignidad, vuestra grandeza, vuestra fuerza, vuestro progreso, vuestra vida misma. Jamas abdicarémos, por daros gusto, la única doctrina capaz de elevaros, de defenderos y de salvaros, abdicando la austeridad del espiritualismo cristiano. ¿Qué es lo que nos pedis ? ¿que admitamos el Progreso material como un fin y una soberanía suprema ? Esto es pedirnos vuestra propia ruina. Jamas, para adquirir una popularidad pasajera, consentirémos á dar nuestro concurso á un error antisocial que sería capaz de perderos. Pedidnos para el desarrollo del Progreso material una cooperacion compatible con la dignidad de vuestras almas y el bien de las sociedades ; pedidnos esfuerzos vigorosos para cumplir en union con vosotros, cada uno segun su medida y en su respectivo puesto, lo que os he hecho ver como el grande ideal del verdadero Progreso, esto es, el Progreso material siguiendo en su inferioridad respetuosa al Progreso de los espíritus y de las almas ; y en este caso aquí nos teneis : aquí estamos, dispuestos á dar un concurso leal y una cooperacion eficaz á todo lo que es legítimo, saludable y verdaderamente progresivo. Vosotros no teneis reparo en juzgar con pensamientos y sistemas que no existian ayer, una institucion que hará luego dos mil años, satisface á todas las necesidades de la humanidad sin haber faltado jamas : aprended una vez por fin á conocernos ; sabed lo que pensamos y lo que queremos ;

conoced nuestra doctrina, y comprended nuestro deber; yo quiero mostraros la una y el otro; y despues de haber dicho el verdadero pensamiento del cristianismo acerca del Progreso material y la marcha de la industria, diré con la misma franqueza llena de afeccion, cuál es sobre este particular la posicion que deben tomar los cristianos y la mision que les da la Providencia.

II.

Apoyado sobre el terreno firme de la verdad que acabo de establecer, me es fácil concluir del pensamiento cristiano á la accion cristiana, y decir abiertamente cuál debe ser en presencia del movimiento industrial y del Progreso material la verdadera actitud del mundo católico. No es posible en el momento en que nos hallamos, proferir delante de vosotros palabras mas de actualidad y al mismo tiempo mas llenas de porvenir.

Para entender bien aquí la mision contemporánea que Dios da á los cristianos, es preciso ante todo conocer el lugar que la industria ha tomado en nuestra sociedad, y el poder que ella da á aquellos que tienen en su mano esta grande palanca del mundo moderno.

La dominacion de la industria en las sociedades modernas es un hecho tan claro como el sol. La industria está delante de vosotros: ella se levanta al oriente, se levanta al occidente, se levanta al medio dia, se levanta al septentrion: ella se levanta como todo gran poder, fiera y dominadora, mostrando en sus manos los instrumentos de la actividad humana; ella ostenta con una magnificencia y un orgullo que nunca se le habia conocido, los milagros de su genio, y dice á los pueblos que la miran: «Aquí me teneis. Yo soy la reina del mundo, los pueblos son míos.» Dejo á los hombres especiales el determinar por un cálculo exacto los Progresos de la industria; á otros, el abrazar las proporciones y medir el poder de este gigante de la fuerza material. Lo que sobre todo me preocupa en presencia de la industria moderna, no es por cierto su poder material; es la extension de su influencia moral y de su importancia social.

La industria, en efecto, tan poderosa como es sobre los cuerpos,

tiene sobre las almas y sobre la sociedad misma un poder todavía mas grande: ella propaga ideas y forma costumbres, mas aun que no elabora productos y crea invenciones. Todo grande industrial, que quiera que no quiera, es por la fuerza de las cosas un dominador: él es rey en el taller, y mejor que su fortuna, reina allí su pensamiento como un soberano. El obrador ó la fábrica es para él un imperio donde un pueblo marcha segun la idea que le inspira y le gobierna á él mismo. Y si quereis saber donde se halla en nuestros dias el apostolado mas eficaz, yo voy á deciroslo: no se halla en el foro, ni en las academias, ni en los templos. ¿Dónde pues se halla? En el fondo del taller, donde el amo es á un mismo tiempo el rey, el sacerdote, el profesor y el predicador del obrero. De ahí es que reside en la industria una influencia moral, cuyo resultado social solo el porvenir podrá decirnos. Las poblaciones obreras están en su mano en cuerpo y alma; y mejor que todos los príncipes hace á su imágen todo lo que está sometido á sus leyes. Ella tiene las almas cautivas en la servidumbre de los cuerpos; y se las une con cadenas de hierro que sus esclavas roen una que otra vez, pero que no podrian romper sin morir. Así es que esas poblaciones reciben de los grandes dueños de la industria una influencia moral de la que no pueden sus almas sustraerse, como ni su pecho evitar la atmósfera que ellas respiran en las fábricas y subterráneos donde la industria tiene sus cuerpos doblegados sobre la materia.

Tan poderosa ya la industria en el interior por el hecho de la produccion, no lo es ménos al exterior por el hecho de la exportacion. Las naves que ella carga con su superabundancia con destino á remotas playas, no solo llevan en su seno los productos de la materia, sino que llevan tambien las ideas en el alma de sus pilotos. Y este hecho que ya es tan gigantesco en nuestros dias, va á tomar proporciones mas grandes aun, con la importancia creciente de las relaciones marítimas. Porque, ¿qué no veis que la influencia junto con la riqueza rebosa sobre las playas? ¿Acaso no comprendeis por el movimiento que se verifica en las cosas, que haciéndose el mar cada dia mas la morada del hombre, se hace de dia en dia el teatro donde deben decidirse los destinos del mundo? Vuestras naves son ciudades flotantes, que empujadas por vuestro soplo, van á traer debajo de todos los cielos la vida ó la muerte, el bien ó el mal, la verdad ó el error. Vuestros

comerciantes se hacen conquistadores; vuestros conquistadores, apóstoles; y sus palabras aun mas que sus cañones, sus ideas aun mas que sus riquezas, sus costumbres aun mas que sus victorias, van á hacerse en todas las playas una influencia decisiva, de la cual la industria es principalmente el instrumento, el medio y el impulso.

Esta es la marcha del mundo moderno. ¿Y adónde irá á parar? Lo ignoro. Dios que convoca todos los tiempos bajo su mirada eterna, y coordina todas las agitaciones de los pueblos con respecto á la eternidad de sus designios, Dios solo ve el porvenir, solo él sabe adonde nos conduce este movimiento prodigioso. Pero segun toda prevision humana traerá un resultado inmenso, porque es un resorte inmenso; si no trae los grandes triunfos de la verdad, debe traer infaliblemente las grandes catástrofes de la sociedad. Hé aquí el hecho que convenia hacer constar ante todo, hélo aquí con sus proporciones materiales, su influencia moral y su importancia social.

En presencia de este hecho que se nos impone con una importancia y una gravedad que solo la ceguedad voluntaria podria desconocer, digo que hay para los cristianos una posicion que tomar, un deber que cumplir. Los verdaderos cristianos constituyen hoy como siempre la primera aristocracia de la humanidad: ellos son la sal de la tierra, ellos son los conservadores y los defensores del mundo; y ellos solos pueden salvarnos. Para dar la vida, es preciso tener la vida; y únicamente Cristo puede decir con todos los cristianos de quienes él es el alma: « Yo soy la vida. » *Ego sum vita*. Si la sociedad moderna debe ser salvada como lo espero, lo será por los cristianos; pero con una condicion, y es que sabrán reconocer francamente y aceptar con generosidad la posicion providencial que Dios les tiene destinada en este movimiento del mundo. Jamas el cristianismo ha permanecido indiferente á las grandes preocupaciones que han conmovido la humanidad. Cuando él la ve dominada de una pasion y de un entusiasmo, se pregunta á sí mismo qué es lo que debe hacerse para dirigir á la felicidad de los hombres y á la gloria de Dios esos movimientos llenos de ardor que arrastran las generaciones.

Pues bien, Señores, hé aquí en presencia de vosotros un movimiento tal, que quizá los siglos jamas vieron: este es el movimiento que se lleva los hombres á la conquista de la materia. Entre tanto que los

prudentes del siglo vuelven al provecho de su egoismo esos entusiasmos contemporáneos, el mundo va marchando: él marcha sin vosotros, á despecho de vosotros, tal vez contra vosotros, hácia un porvenir que me espanta; y yo digo, que dejar pasar este movimiento sin tomar con respecto á él la posicion marcada por la Providencia, sería faltar á la vez á las tradiciones del cristianismo y á la señal de las voluntades divinas.

Hasta aquí todo es evidente; estas palabras no son mas que vuestras palabras interiores que suenan al exterior, y todos habeis dicho: Sí, delante de este gran movimiento hay que tomar una posicion. Pero ¿cuál es esa posicion? Yo siento, Señores, vuestro pensamiento que me empuja á esta cuestion ardiente: así pues quiero obedeceros, y no cejaré ante la necesidad de mi asunto. A mí no me gustan ni los términos ambiguos ni las situaciones tímidas; y por mas preocupada que esté la opinion sobre este particular, quiero poner los términos y definir las posiciones con una limpieza sin equívoco y una firmeza sin temor.

Delante del movimiento prodigioso que acabo de indicar, no imagino para vosotros sino tres posiciones posibles, entre las cuales parece que la Providencia os intima que escojais: la agresion, la abstension, la intervencion. ¿Cuál de las tres debeis escoger?

Y en primer lugar, ¿podeis vosotros, debeis vosotros, por lo que toca al movimiento industrial, tomar una actitud hostil, y trabajar con todas vuestras fuerzas para hacerlo retrogradar? Señores, si este desarrollo de la materia y esta marcha de la industria fuera un mal, nada mas que un mal, yo os diria: Hombres de bien, cualesquiera que seais, levantáos; y armados de piés á cabeza corred por todos los caminos abiertos á atacar el mal; arrojémonos en cuerpo y alma al encuentro de este torrente que todo se lo lleva al abismo; y si necesario fuere, muramos en nuestra simplicidad por la causa del bien. Pero ya lo he dicho al principio, y es preciso repetirlo todavía, á fin de que mis palabras conserven en vuestro pensamiento todo su sentido verdadero: la industria no es un mal. Una fuerza de la naturaleza sustituida al brazo del obrero para sujetarla, no es un mal: la evocacion por el talento, de un nuevo servidor del hombre, del fondo de esta materia creada para su servicio, no es un mal: la disminucion de

la distancia que separa al hombre del hombre, y el aumento de comunicaciones entre las sociedades, no es un mal : un cambio mas fácil y mas fraternal de los bienes que han caído para todos nosotros del seno de una misma paternidad, ciertamente debemos confesar que no es ni un mal para el hombre, ni un mal para la sociedad, ni un mal para la religion, ni un mal para los cuerpos, ni un mal para las almas. Este poder de la industria es fecundo; y encaminado hácia su fin, puede funcionar para la dicha de la humanidad y los triunfos de la verdad. Por consiguiente, este movimiento no es de aquellos contra los cuales nos pide Dios una actitud hostil. La barbarie, como lo haré ver mas tarde, puede venirnos con este poder; pero este poder no es la barbarie, y no produce por su naturaleza ni la decadencia ni la ruina. Y en este caso ¿por qué perseguirlo y tratarlo como enemigo?

Á mas de que, en vano intentarais detener con vuestras manos ese carro del Progreso material que va corriendo : vuestras manos no lo harian parar; tal vez él os haria trizas bajo sus ruedas de hierro y sus ejes de acero; y la industria que él lleva como una soberana, irritada contra el cristianismo por la oposicion de los cristianos, concebiria enconos que no depondria mas; y volviéndose toda entera contra la religion, sería capaz de matarla en medio de vosotros, mejor que no lo hizo el hierro de los tiranos.

Por consiguiente, nosotros no podemos aceptar como un deber una actitud hostil á la industria moderna. En nombre de Dios os lo digo, no es esta vuestra vocacion. ¿Qué harémos pues? « Nosotro nos abstendremos : encerrados dentro de nuestra simplicidad y nuestra prudencia evangélica, dejarémos pasar el siglo contemplando la eternidad. » Señores, os lo pregunto delante del siglo que nos escucha y delante de Dios que nos está mirando : ¿es esto verdaderamente lo que debemos hacer? ¿es este, en el momento en que os hablo, nuestro deber y nuestra vocacion? Abstenerse y mantenerse separados, ¿es por ventura para nosotros la palabra de la Providencia? No, Señores, no : si vosotros no debeis hacer una oposicion sistemática á lo que es bueno en sí mismo, tampoco debeis encerraros en una abstension y una inaccion desesperada delante del mal que se propaga. La industria, que en sí misma es un bien, lleva consigo un mal que vosotros

tenéis el deber de combatir, cada uno segun su medida. ¿Qué! ¿ese cuerpo inmenso que es el bien, hace entónces el mal? Sí, porque el espíritu que lo penetra, lo empuja en su conjunto hácia una direccion contraria á su verdadero destino. Ya lo sé, Señores, hay en esto excepciones honorables que me complazco en proclamar; pero dejando aparte estas excepciones, decidme vosotros mismos : tomándola en su conjunto, ¿bajo qué impulso marcha la industria moderna, y con ella el Progreso material? ¿Cuál es el resultado general de su accion en todas las partes en que ella se produce en grandes proporciones? ¿Es su influencia feliz, civilizadora, social? ¿Cuál es el bien real que ella produce para el conjunto de la humanidad? ¿Quereis decírmelo? ¿ó bien consentis en que yo mismo os diga en pocas palabras sus resultados palpables?

¿Qué hace nuestra industria sin la influencia y la accion cristiana? Ella destruye los cuerpos con la exageracion y la perpetuidad de un trabajo que mata al obrero para enriquecer al amo : ella empobrece la sangre y extenúa la raza humana con la precocidad de una labor que indigna la naturaleza y subleva la humanidad. Y en efecto : ¿no ha sido preciso que vuestra legislacion, inspirándose del cristianismo, viniera á proteger contra ella la generacion naciente, y arrancar la infancia, es decir la humanidad en su flor, de las codicias brutales que nada sabian respetar, nada, ni aun los tiernos niños?

¿Qué hace nuestra industria sin la influencia y la accion cristiana? En vez de sustituir, como se gloriaba, la máquina á los brazos del hombre, hace del hombre mismo una máquina : en vez de restituirle á la vida de la inteligencia, del alma y del corazon dándole libertad, le hace cada dia mas esclavo de las necesidades del cuerpo y del despotismo de la materia : para multiplicar sus productos y aumentar sus beneficios, suprime gradualmente toda cultura espiritual, moral y religiosa, no dejando al pueblo ni tiempo ni libertad para iluminar su alma, ensanchar su corazon y adorar á su Dios.

¿Qué hace nuestra industria sin la influencia y la accion cristiana? Ella borra poco á poco en las poblaciones obreras los instintos generosos del respeto, de la obediencia y del amor, y hace germinar en las almas el desprecio, el odio, el egoismo y la rebelion. ¿Qué puede en efecto aprender ese pueblo, sin predicacion, sin fiestas, sin do-

mingos, sin religion y sin Dios, si no es estas cuatro cosas esencialmente antisociales, gozar, despreciar, aborrecer, y rebelarse?

¿Qué hace sin la influencia cristiana la industria contemporánea? Lo diré en tres palabras : ella nos amenaza á un tiempo físicamente, moralmente y socialmente. Ella extenúa los cuerpos y degrada las almas : ella sofoca en el corazon de la sociedad todos los gérmenes de la civilizacion ; en lugar de esta, crea una barbarie contra la justicia fuerte con todas las invenciones de su ingenio ; y forja en fin sordamente, en el fondo de sus talleres, rayos terribles que tarde ó temprano deben acabar con la sociedad.

Hé aquí lo que hace á la clara luz del siglo décimonono la industria que no es cristiana : si esto no es lo que hace en todas partes, es lo que hace en su conjunto ; y las raras excepciones no pueden atenuar ni la verdad de mis palabras, ni la gravedad de vuestra situacion. Yo no acuso á las personas, únicamente hago ver la marcha de las cosas y el movimiento del siglo ; y no temo decirlo bien alto con la libertad afectuosa de un apostolado que no os pide mas que vuestra salud : esto no puede durar ; no, esto no puede durar ni aun cincuenta años. Al último de este movimiento habrá una catástrofe si no viene un nuevo poder para moderarlo y dirigirlo.

Armad al cuerpo social todo entero con una armadura tal que jamas llevó otra semejante : vosotros podeis diferir la ruina, no hay duda ; pero ¿podeis impedir lo inevitable? No. La industria, perseverando en marchar, como lo hace de mas de setenta años á esta parte, sin la influencia cristiana y sin una alma que la levante hácia los cielos, es el desastre que se prepara y se hace todos los dias : grande y admirable máquina, que tarde ó temprano cogerá por su vestido sedoso á esta sociedad magníficamente engalanada, para pulverizar debajo de sus rodajes sus miembros delicados.

Pues bien, en presencia de esta situacion ¿os parece que la Providencia nos manda una abstension total, y que dice á los cristianos : «Dejad pasar «la industria, y váyase la humanidad adonde la arrastra su movimiento?» Decidme : ¿podeis vosotros guardar la neutralidad, nada mas que la neutralidad? ¡Ah, Señores! cuando vemos á la humanidad que pasa para ir á la ruina, guardar la neutralidad, *precisamente* la neutralidad, esto no es generoso, esto no es cristiano. Yo os decia ahora mismo : Léjos de

vosotros una oposicion sistemática á la industria moderna ; al presente os digo : Léjos de vosotros una abstension sistemática de la industria moderna. En el primer caso luchais contra lo que es bueno en sí mismo y puede producir el bien ; en el segundo consentis á la propagacion de un gran mal, el mal de la industria moderna marchando sin vosotros fuera del cristianismo y contra el cristianismo.

Por consiguiente, la fuerza de las cosas lo proclama : queda el tercer partido, el partido de la intervencion y de una accion eficaz por parte de los cristianos. Si, Señores : una influencia fecunda, en este vasto movimiento industrial, relativa á la posicion que Dios ha dado á cada uno, hé aquí lo que creo un deber de la situacion, y lo que mi apostolado no tiene reparo en pedir. No temais : yo no pido una perturbacion de las cosas, ni que se cambie la clasificacion de los hombres. Yo no os digo : Sed industriales, sed comerciantes, sed productores ; solo os digo : Permaneced en vuestro puesto, amad apasionadamente la causa de Dios y la causa de la humanidad, y despues haced lo que quisierais.

Ciertamente, si yo tuviera tiempo, y si fuera el momento de venir á la última determinacion de las cosas, tendria sobre este punto mucho que decir á los hombres que ponen mas alta que su fortuna la causa de Dios y de la verdad. Yo podria, por ejemplo, decirles : Vosotros que deseais el triunfo del bien, la salud de la sociedad y el reino de Dios sobre la tierra ; y que sin embargo, fascinados como tantos otros por los incentivos del lucro, y siguiendo las pisadas de los prudentes de este siglo, correis á pedir á su ingenio la fecundidad de vuestra fortuna : ¡oh imprudentes! ¡qué! ¡vosotros vais sin reflexion alguna á alimentar con vuestros capitales unas industrias que marchan sin virtud, sin religion y sin Dios al solo triunfo del egoismo y del materialismo! Y para realizar un poco mas de beneficio consentis á abdicar la influencia moral, religiosa y social que vuestra riqueza os da el poder y os hace el deber de adquirir! ¿Por qué, haciendo un llamamiento á aquellos que tienen un pensamiento como vuestro pensamiento y un celo como vuestro celo, no os unis con un fin de apostolado católico y social, para organizar vosotros mismos empresas é industrias, que inspiradas por vuestras almas y llevando la divisa de vuestras convicciones, marchen con vosotros y por vosotros al objeto